

## 4. Gerardo Necochea Gracia \*

### *Cuando la nostalgia o la esperanza son un mal augurio*

Las elecciones presidenciales en Estados Unidos generalmente despiertan curiosidad, expectativas y ansiedad en el resto del mundo. Hasta entrada la década de 1980 era posible prever que en general la política exterior de cada nuevo presidente sería intolerante y agresiva mientras que la política social doméstica sería liberal e incluyente. El casi simultáneo fin de la guerra fría y del estado de bienestar quebró estas previsiones, y en la medida en que la política se movió hacia la derecha, podemos prever una política conservadora en ambos frentes. Los escasos rasgos distintivos de Demócratas y Republicanos se han ido perdiendo; antes era posible preferir a un Kennedy que a un Nixon (aunque después el primero invadió Cuba y el segundo inauguró buenas relaciones con China), mientras que es difícil separar a un Bush de un Clinton.

Uno quisiera poder hacerlo, y que en el transcurso de una campaña electoral emanara de los discursos de los candidatos un análisis, seguido de un diagnóstico, seguido de propuestas que a su vez pudieran ser sopesadas críticamente por los electores. Nada más lejos de lo que sucede durante las campañas, aunque algunos expertos en

política opinan que no importa, porque en realidad el elector individual y racional no existe sino que los votantes son movidos por un sentimiento de afinidad grupal en valores y sentimientos con los candidatos. Quizás por eso los medios y sus infaltables *pundits* insisten en atisbar la capacidad de cada candidato para “leer el ánimo público”. Así, sin más, la opinión pública convierte a los políticos en magos de feria que con solo tocar tu cartera adivinan tus pensamientos y sentimientos.

De Trump y Sanders se dijeron muchas cosas durante las precampañas, o lo que llaman en Estados Unidos las elecciones primarias, y entre ellas fue predominante la opinión de que supieron interpretar el ánimo popular. Acerca de Trump en particular, coincidieron distintos reportajes en que los asistentes a sus mítines aplaudían sus propuestas más extremas y su inmoderado y lenguaraz estilo, precisamente porque coinciden con lo que la gente quiere escuchar. Y sin duda esto es cierto en el caso de Andrew Anglin, un neonazi que mantiene un sitio de internet llamado *The Daily Stormer*, en el que escribió en junio de 2015 que “Trump está dispuesto a decir lo que la mayoría de los americanos piensan”, refiriéndose a su propuesta de deportar a los mexicanos porque son violadores, asesinos y traficantes.

Frente a estas contundentes aseveraciones uno no puede más que preguntarse qué tan popular es ese “ánimo popular.” Rob Urie, apoyándose en los números de las encuestadoras Gallup y Pew, muestra que la suma de Demócratas y Republicanos registrados (los que votan en las primarias) tan sólo representan 30 por ciento del

\* Dirección de Estudios Históricos, INAH - Instituto Nacional de Antropología e Historia (México).

electorado; muestra también que el porcentaje que corresponde a cada partido, 17 y 13 respectivamente, está por debajo del 24% de votantes que se declaran independientes. Así que los que escuchan y concuerdan con Trump, o con cualquiera de los candidatos en la competencia, resultan ser una ridícula rebanadita del pastel: no más del 8 por ciento, según Urie. Pasadas las nominaciones, un encabezado del *New York Times* (1/8/2016) nos informa que fue el 9% el que eligió a Trump y Clinton como candidatos. El supuesto “ánimo popular” puede ser cualquier cosa menos popular.

Todos esperaban, cuando arrancó el maratón de las primarias, que el extremismo de Trump sería eclipsado por un candidato más ortodoxo y en línea con los jefes republicanos. Hubo sorpresa y declaraciones de estar viviendo una temporada de primarias excepcional cuando fue evidente que Trump se llevaría la nominación. Los comentarios, además, señalaron que la pose y el estilo de Trump en los mítines públicos durante las primarias fueron inéditos. Pero sus peroratas bravuconas y al gairete son reminiscentes de los 1820 y 1830, cuando los candidatos prometían el cielo y el infierno a quien escuchara mientras sus simpatizantes repartían abiertamente regalos y trompadas a amigos y enemigos. Suponían muchos que ya como candidato oficial a la presidencia, Trump asumiría el tono elegante y la conducta mesurada de un estadista, pero hasta ahora no hay indicio de que su repertorio contenga a ese personaje.

Algo similar sucedió en el campo Demócrata. La opinión experta predecía que Sanders abandonarían prontamente la carrera por falta

de seguidores, y en consecuencia cayó como balde de agua fría que pudiera insertar una vaga duda en la selección de Clinton. Sanders es un marginado entre marginados: se declara socialista, fue alcalde de la ciudad menos poblada en el país, y es senador por el segundo estado menos poblado. Sanders es una anomalía, porque en el actual clima antisindical y pro empresarial, corteja el apoyo sindical. Tiene, eso sí, la distinción de contar con el mayor índice de aprobación por parte de sus representados en Estados Unidos, mientras que Hillary Clinton es una de las figuras políticas más antipáticas a los ojos de los ciudadanos.

Hay algo interesante en los ciertamente exagerados señalamientos de lo inusual en las compañías. Por supuesto el más interesante es Sanders, sino por otra cosa, por adjudicarse libremente la etiqueta de socialista. Como nos recuerda el reciente mapa diseñado por historiadores de la izquierda, a través del siglo XX hubo socialistas en puestos de elección, muchos de ellos socialdemócratas que habitaban la minúscula ala izquierda del Partido Demócrata. Trump no deja de ser interesante, por su cuidadosamente cultivada mezcla de vendedor de autos de pueblito y Archie Bunker, ese personaje televisivo de los setenta que representaba al estereotipo del obrero blanco, racista, sexista, conservador y encantadoramente ignorante. Pero el interés está sobre todo en que se trata de candidaturas que iniciaron al margen del *establishment* partidario, y en ambos casos los candidatos movilizaron una base de apoyo contestataria.

Sanders y Trump coinciden en denunciar los acuerdos comerciales internacionales que han promovido la exportación de trabajos. También coinciden en que los ricos deben pagar más impuestos y el gobierno debe acordar un aumento al salario mínimo. Estas coincidencias pregonan rebeldía y populismo. En opinión de muchos expertos, las primarias fueron oportunidad para la expresión de un enojo generalizado, causado por el deterioro de las condiciones económicas; otros, en análisis más sofisticados, sugieren que hay una rebelión de izquierda y otra de derecha. La primera obedece a la polarización de clase y el desencanto con la presidencia de Obama; la segunda, al descenso de la clase media profesionalista y de la pequeña burguesía, y a la percepción de amenaza a los privilegios de los blancos o de que son ahora los negros y otras minorías quienes gozan del favor político. La actual campaña electoral, como dice James Petras, refleja la fragmentación del electorado y las fisuras que atraviesan a una sociedad estructurada por las disputas entre los dueños del capital, la debilitada solidaridad de clase entre los trabajadores y las belicosas identidades étnicas entre la población en general. La profunda desigualdad creada por la globalización neoliberal está sin duda presente en la actual campaña presidencial.

Lo inquietante en los discursos de Trump y de Sanders es la nostalgia por el pasado. En sus discursos sobresale la imagen de un pasado en que todo era mejor, y el cambio político debe reorientarse hacia recuperar la grandeza perdida. Este nostálgico volver los ojos hacia atrás excluye la mirada crítica que incluso cuestionaría la existencia de un

pasado dorado. No es mi intención aquí ahondar sobre el pasado sino meramente hacer un par de breves apuntes. Si Trump vuelve la mirada hacia esa época de capitalismo competitivo y empresas familiares, olvida mencionar los ciclos de bonanza y desastre que lo caracterizaron y que condujeron a la brutal ofensiva del capital contra el trabajo y al expansionismo imperialista, principalmente entonces en América Latina. El pasado dorado de Sanders bien puede ser el excepcional auge económico y el Estado de bienestar que marcaron los treinta años posteriores a la segunda guerra mundial, pero deja de lado los contrapuntos: la burocratización de los sindicatos y la despolitización de sus miembros, la guerra fría y el feroz anticomunismo, y por supuesto la expansión imperialista acompañada de guerras y terror en América, Asia y África. Si ambos quieren regresar a un Estados Unidos aislacionista – antiglobal podríamos decir– hay que recordar que la derecha en Estados Unidos siempre favoreció abstenerse de participar en los conflictos europeos al tiempo que impulsó la intervención en el resto del mundo; quizás por ello aún los simpatizantes de Sanders le recomendaban releer a Chomsky y fortalecer su posición antimperialista.

La nostalgia propicia la emotiva identificación con causas y soluciones fáciles, tarea para la cual Trump ha demostrado gran habilidad: el problema es el Otro, que nos arrebató lo que era bueno. Puede ser México, por ejemplo, por los tratados de libre comercio que permiten que las fábricas crucen la frontera para hallar mano de obra barata o que los mexicanos la crucen en

sentido contrario para ofrecer violencia criminal y drogas (y mano de obra barata, por supuesto). O pueden ser los musulmanes, que irracionalmente odian a Occidente y devuelven a nuestra puerta el choque civilizatorio que les impusimos, para hacernos víctimas de la destrucción y el mal. O también los negros, buenos para nada que viven de las exageradamente generosas limosnas que reparte el gobierno. O incluso puede ser el 1% de los superricos, que son un problema por ser ricos y quizás hasta sean judíos. La lista de El Otro es interminable. En la medida en que el odio, el racismo, la xenofobia toman el lugar de los intereses colectivos y de la crítica a un sistema que antepone maximizar la ganancia de los que tienen a la satisfacción de las necesidades de los que no tienen, la blandengue social democracia de Sanders será incapaz de detener el empuje conservador y autoritario.

Las primarias revelan a un electorado enojado y empobrecido por falta de trabajo, salarios insuficientes y deudas impagables. Un alto porcentaje de los votantes ha perdido interés en la política, quizás porque los candidatos están más preocupados por el *rating* televisivo que por los problemas del ciudadano (razón por la cual, un ejecutivo de CBS declaró que Trump “puede no ser bueno para Estados Unidos pero es endiabladamente bueno para CBS”). Esos mismos electores, preocupados por los problemas inmediatos y locales, están aislados debido a la desaparición de organizaciones que los vinculen a través de la geografía. En ese contexto de fragmentación, una minoría de extrema derecha agradece que Trump legitime la expresión del racismo

y del odio hacia ese Otro que debe ser eliminado. No es ese el prospecto inmediato, pero el enojo frente a la desigualdad y la nostalgia por un desaparecido pasado de oro son ingredientes peligrosos para una fórmula política en la ausencia de movimientos progresistas.

Nunca falta, claro, quien sugiere que entre el extremo de la derecha, Trump, y el extremo de la izquierda, Sanders, siempre emerge un centro hacia el cual converge la mayoría porque es el más congruente con lo que realmente sucede. Hillary Clinton se desentiende de extremismos y en general propone continuar el rumbo marcado por Obama, y esta es la opción que debemos creer anida en el corazón del electorado pragmático y realista. Por supuesto ese “centro” sale de las mismas cifras citadas párrafos arriba; aún si recurriéramos a la elección de 2012, el 51% del voto popular que recibió Obama representó menos de la tercera parte de la población en edad de votar. La pragmática mayoría centrista resulta escasamente más cuantiosa que los minúsculos extremos.

Hillary Clinton aprovecha el buen momento por el que atraviesa la presidencia de Obama para básicamente proponer que su elección significa proseguir por el camino que ha dado buenos dividendos. Esta es una propuesta de esperanza, según Obama y los otros Demócratas que hablaron en apoyo de Clinton, frente a la propuesta de miedo de Trump; parecería, incluso, una postura de mirar hacia delante cuando a los otros los invade la nostalgia.

¿Qué tanta esperanza hay en continuar las políticas de Obama? Hay quien sugiere que el mote “*Tricky Hillary*” usado por Trump debería cambiar a “*Corporate Hillary*”, que mejor la describe como la candidata de las grandes corporaciones. Cierto que Obama heredó la política instituida por Bush de rescatar a los bancos con dineros públicos, pero tampoco hizo mucho por reorientar la política social. La joya de la corona, el ensalzado *Obamacare*, lo que hace es encausar dineros públicos a abultar las ganancias de la industria privada de la salud. En materia de inmigración, Clinton critica el muro de Trump, cosa fácil, pero presumiblemente seguirá la política de Obama que, hasta 2014, había deportado a más de 2 millones, y en 2016 el Departamento de Homeland Security anunció una nueva y agresiva campaña de deportaciones. En cuanto a la política exterior, podemos entonces suponer que las intervenciones militares seguirán aumentando, sobre todo en África y Medio Oriente, como lo hicieron de 2009 a 2016. Las intervenciones en América Latina no han sido militares pero nuevamente debemos suponer seguirán siendo funestas. Cuando los militares depusieron a Zelaya, presidente electo en Honduras, la Secretaria de Estado Clinton terminó apoyando a los militares; la intervención en las elecciones de Haití aseguró el triunfo de la derecha, mientras crece la presión contra los gobiernos electos de Venezuela y Bolivia y continua la política de la guerra fría por la vía de guerra contra el narcotráfico en México y Colombia. Así como la mayoría centrista no es mayoría, el centro haya su verdadera ubicación entre la extrema derecha y la derecha a secas.

Clinton tiene la mejor posibilidad de ganar las elecciones, de manera que representa el prospecto inmediato más probable. ¿Esperanza? Todo depende de si uno es Exxon, y puede ver el futuro con optimismo, o si uno es un consumidor endeudado, un trabajador inmigrante o un país que disiente de las políticas globales de Estados Unidos: el futuro inmediato luce entonces poco esperanzador.